

PRIMUS INTER PARES: ESTRATEGIAS DE DIFERENCIACIÓN SOCIAL EN LOS SEPULCROS MEGALÍTICOS DE LA SUBMESETA NORTE ESPAÑOLA

Primus Inter Pares: *Strategies of Social Differentiation in the Megalithic
Tombs of the Spanish Northern Plateau*

ELISA GUERRA DOCE*, GERMÁN DELIBES DE CASTRO*,
PILAR ZAPATERO MAGDALENO*, RODRIGO VILLALOBOS GARCÍA*

Resumen: Los sepulcros megalíticos de la Submeseta Norte española reflejan la existencia de diferencias sociales entre los miembros de las comunidades del Neolítico y Calcolítico. A partir del estudio de los objetos de prestigio depositados en estas construcciones y de la existencia de determinados elementos arquitectónicos segregadores de espacios en las cámaras se examinan las maniobras de ciertos individuos por destacar socialmente. Se valora la importancia de los intercambios comerciales en la obtención de elementos de prestigio que serán monopolizados por esas minorías encumbradas, siguiendo una tendencia similar a lo observado en otros territorios del Occidente europeo durante el Neolítico Final.

Palabras clave: Megalitismo. Submeseta Norte. Elementos de prestigio. Intercambios. Diferenciación social.

Abstract: Megalithic tombs in Central Iberia show evidence of the existence of social differentiation among the members of the Neolithic and Chalcolithic societies. Strategies used by some individuals to attain and keep status, such as the acquisition of prestige items and the utilization of architectural elements to separate spaces are examined here. The role of exchanges in the acquisition of those prestige items, showing a similar pattern to that observed elsewhere in Western Europe in the Late Neolithic, is assessed.

Key words: Megalithism. Central Iberia. Prestige items. Exchanges. Social differentiation.

* Departamento de Prehistoria, Arqueología, Antropología Social y CC. y TT. Historiográficas. Universidad de Valladolid. Plaza del Campus s/n, 47011 Valladolid. elisa.guerra@uva.es, delibes@fyl.uva.es, pilar_zapatero@yahoo.es, rvillalobos@fyl.uva.es

1. Introducción

La evolución social de las comunidades humanas es un tema con una larga trayectoria en el campo de la Antropología. Una de las primeras propuestas que esbozaron el concepto de gradación o progresión se debe a A. Ferguson quien en 1767 escribió un trabajo titulado “An Essay on the History of Civil Society”, en donde se establecía un modelo jerárquico que desde un estado primitivo de salvajismo contemplaba un recorrido escalonado que culminaba en una fase última de refinamiento político. Esta propuesta constituiría la base teórica de la que partirían E.B. Tylor y sobre todo L.H. Morgan un siglo después a la hora de estudiar el desarrollo social de los pueblos preindustriales, estableciendo un esquema tripartito que diferenciaba los estadios de salvajismo, barbarie y civilización, subdivididos a su vez en una serie de etapas intermedias, que compone el esqueleto de lo que se ha venido a denominar “Teoría Unilineal de la Evolución Cultural”. La traslación de este planteamiento a la Arqueología Prehistórica correspondió a Vere Gordon Childe quien en su obra *La evolución social* (1951) equiparó esas fases a los grandes períodos de la Prehistoria: salvajismo = Paleolítico; barbarie = Neolítico; civilización = Edad de los Metales (Delibes, 1999).

Pero siguiendo las enseñanzas de la Ecología Cultural los grupos humanos no vienen definidos únicamente por sus instituciones políticas o su organización social sino que su interacción con el medio que habitan juega un destacado papel, ya que este hecho determina su orientación económica y su cultura material (por la adaptación tecnológica al nicho ecológico en cuestión). De ahí que diversos autores (M. Sahlins, E. Service, M. Fried) se hayan preocupado por definir cada uno de los rasgos (económicos, tecnológicos, sociales y políticos) que caracterizan a las sociedades humanas.

El registro arqueológico de la Prehistoria europea engloba a una gran diversidad de grupos socioculturales, siendo las gentes del Paleolítico y Neolítico las que, según estos planteamientos evolucionistas, representarían los estadios iniciales. Se trataría, en ambos casos, de sociedades supuestamente igualitarias a diferencia de momentos posteriores en los que se consolida y perpetúa la jerarquización social gracias a una serie de estrategias de poder muy diversas (división social del trabajo, aparición de especialistas, apropiación de excedentes, establecimiento de estructuras sociopolíticas que sustentan las desigualdades en el seno del grupo, control sobre las redes de intercambio, vinculación de poder político y religioso, etc.) que llevan a hablar de sociedades jerarquizadas o complejas.

De este modo, aún reconociéndose la existencia de individuos destacados y de cierta diferenciación social en el seno de las comunidades paleolíticas y neolí-

ticas de Europa, de forma un tanto romántica tendía a considerárselas sociedades igualitarias en las que primaba el interés común sobre el beneficio personal. Desde esta óptica los monumentos megalíticos, como enterramientos colectivos que son, se interpretaban como un símbolo de esa paridad entre los miembros del grupo: todos los individuos participaban en la construcción de unos sepulcros que servían como última morada al conjunto de la comunidad.

Sin embargo, pronto se hizo evidente que el número de individuos inhumados en las tumbas megalíticas no se correspondía con la dilatada trayectoria de ocupación de estos monumentos. Además, el análisis de la composición de los osarios comenzó a revelar acusadas disimetrías sociales a favor de los varones adultos, dando un giro radical a la argumentación que llevó a defender un “reclutamiento” selectivo de los miembros destinados a reposar en los sepulcros megalíticos (Delibes, 1995; Masset, 1986; Sherratt, 1990). No están, por tanto, todos los que eran. Pero tampoco los individuos escogidos para ser inhumados en estos sepulcros, aún supuestamente pertenecientes a un mismo segmento social, son merecedores de la misma consideración por parte de su comunidad. Los estudios de paleodieta llevados a cabo en el dolmen toledano de Azután indican que el volumen de proteína cárnica de los individuos masculinos analizados es muy superior al hallado en los restos esqueléticos de la única mujer de la muestra, sugiriendo que la fémina estaba peor alimentada (Bueno, Balbín y Barroso, 2005: 181).

A lo largo de estas páginas pretendemos examinar las maniobras a las que apelaron las comunidades megalíticas de la Submeseta Norte en su afán de destacar socialmente.

2. Algunas notas sobre la trayectoria de las tumbas colectivas de la Submeseta Norte

El interés de los prehistoriadores por la tipología de las arquitecturas sepulcrales megalíticas viene de antiguo. Ya estaba muy presente en los Leisner quienes, apoyándose en las diferencias estructurales y de tamaño habidas entre las cámaras de embocadura simple, tipo Gorginos, ciertos largos sepulcros de corredor como el Anta Grande do Olival da Pega, y *tholoi* como el de Farisoa, sentaron las bases de la trayectoria del fenómeno megalítico en el Alentejo (Leisner y Leisner, 1951). Se constata asimismo en la obra de Glyn Daniel, siempre dado a atribuir a comunidades o grupos étnicos distintos, meridionales y septentrionales, la construcción de los dos grandes modelos dolménicos del oeste de Europa, esto es los sepulcros de corredor y las galerías cubiertas (Daniel, 1967). Y tampoco falta en otros autores que, en punto a definir *lo dolménico*, se atrevieron a relati-

vizar la condición megalítica de las tumbas, esto es que estuvieran o no construidas con grandes bloques de piedra, con tal de que fueran camerales y de que acogieran osarios colectivos fruto de deposiciones sucesivas (p.e. Giot, 1976).

En la Submeseta Norte, donde la mayor parte de los dólmenes son sepulcros de corredor, estas cuestiones formales no han merecido menos atención (Fig. 1). V. Leisner y H. Schubart fueron los primeros en destacar que en la zona de Ciudad Rodrigo, en el suroeste de Salamanca, se registraban tanto sepulcros de corredor como dólmenes simples (Leisner y Schubart, 1964). Luego se ha polemizado con frecuencia sobre las particularidades constructivas de las tumbas de Los Zumacales en Simancas y de La Velilla en Osorno, que se caracterizan por contar con unas pintorescas cámaras delimitadas en la base por bloques de piedra pero faltas de alzados ortostáticos (Delibes *et alii*, 1987). No menos peculiares son ciertos túmulos de enterramiento colectivo del valle medio del Valderaduey, en Zamora, que carecen de estructuras megalíticas propiamente dichas (Palomino, 1989; Palomino y Rojo, 1997), o las mucho mejor conocidas “tumbas-calero” sorianas (Rojo *et alii*, 2005). E incluso, más recientemente, se ha destacado que las cámaras de los dólmenes con pasillo de acceso del oeste meseteño responden en realidad a dos modelos arquitectónicos diferentes —más poligonales y con amplia losa de cabecera unos, de mayor tendencia circular y ortostatos promediados otros— que, según todos los indicios, se inspiran respectivamente en los sepulcros de corredor *alentejanos* y *beiranos* (Bueno, 2000: 49 y 58; Delibes, 2010).

Todas estas particularidades constructivas se prestan a diferentes lecturas: es posible que la cámara no ortostática de Simancas obedeciera a la inexistencia de piedra adecuada en el entorno para una arquitectura más ortodoxa; en las “tumbas calero” tal vez se recurrió a los alzados de ripio pensando en facilitar su peculiar condena por medio del fuego; y los túmulos no camerales del Valderaduey bien pudieran responder tanto a la falta de material edilicio idóneo como a la posibilidad de que fosilizaran osarios instantáneos en vez de progresivos. En todo caso, en ningún momento ha pasado desapercibida la opción de que algunos de tales modelos fueran, a grandes rasgos, propios de fases megalíticas sucesivas, lo que vislumbramos con cierta claridad en la comarca burgalesa de La Lora gracias a un estudio conjunto de arquitecturas, de ajuares y de dataciones de radiocarbono (Delibes y Rojo, 2002; Delibes, 2010).

Allí, la secuencia propuesta para las tumbas colectivas se inicia con unos pequeños túmulos carentes de estructuras ortostáticas, que tienen en El Rebolledo su mejor exponente. Se caracterizan, sobre todo, porque las tierras tumulares aprisionan directamente los osarios, constituidos no por inhumaciones completas sino

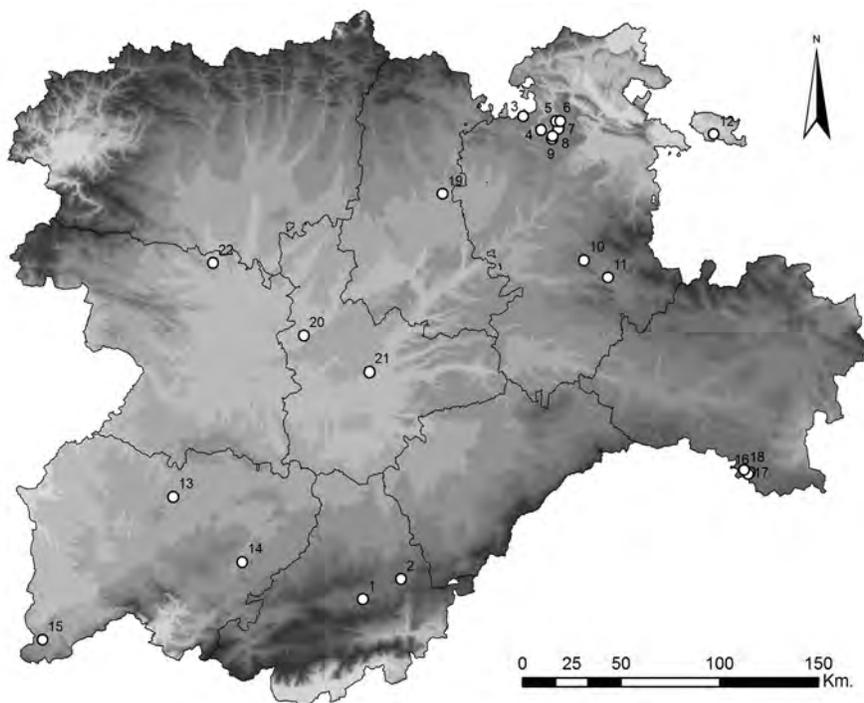


Fig. 1. Mapa con los monumentos megalíticos de la Submeseta Norte mencionados en el texto. ÁVILA: (1) Dehesa de Rfo Fortes, Mironcillo; (2) Prado de las Cruces, Bernuy-Salineru. BURGOS: (3) La Cabaña, Sargentos de la Lora; (4) Valdemuriel, Tubilla del Agua; (5) El Moreco, Huidobro; (6) La Nava Alta, Villaescusa de Butrón; (7) Las Arnillas, Moradillo de Sedano; (8) Rebolledo, Moradillo de Sedano; (9) Necrópolis de Fuentepecina, Sedano; (10) Cubillejo de Lara, Mazariegos/Mecerreyes; (11) Los Morcales, Barbadillo del Mercado; (12) San Quílez, Treviño. SALAMANCA: (13) El Torrejón, Villarmayor; (14) La Ermita, Galisancho; (15) La Casa del Moro, Casillas de Flores. SORIA: (16) La Tarayuela, Ambrona (17) La Peña de la Abuela, Ambrona; (18) La Sima; Miño de Medinaceli. PALENCIA: (19) La Velilla, Osorno. VALLADOLID: (20) El Miradero, Villanueva de los Caballeros; (21) Los Zumacales, Simancas. ZAMORA (22): El Tesoro, Morales del Rey.

por huesos desconectados y parcialmente cremados, al modo en que ocurre en el asimismo burgalés túmulo de San Quílez (Alday *et alii*, 2008).

Las fechas obtenidas en estos dos yacimientos se sitúan en las postrimerías del V milenio AC, muy poco antes si es que no al tiempo que se construyen ciertos sepulcros ya camerales cubiertos por túmulos asimismo pequeños, de una decena de metros de diámetro por poco más de otro de alto. Estos últimos, no obstante, cobijan construcciones ovales auténticamente ortostáticas, todavía sin

corredor (el acceso en Fuente Pecina 2, el yacimiento mejor conocido, se efectúa a través de una escotilla lateral) y cuentan, como los posteriores sepulcros de pasillo, con una cubierta de ramaje, no estrictamente dolménica, por tanto. El depósito funerario, ya de mayor entidad, se aproxima en Pecina 2 a dos decenas de inhumaciones en las que rige ese desorden postdeposicional tan característico de las sepulturas colectivas diacrónicas.

A juzgar por la similitud de los ajuares, en ambos casos con monturas geométricas y con espátulas de hueso tipo San Martín El Miradero, estos primeros sepulcros camerales constituyeron el punto de partida de los más primitivos dólmenes de corredor, que tienen su mejor exponente en La Lora en la sepultura de Valdemuriel, en Tubilla del Agua. Una de sus características es que los bloques de la cámara siguen siendo pequeños, de poco más de un metro, dándose el caso en aquellos que superan claramente esta dimensión de que adoptan una disposición apaisada para igualar los alzados en altura y facilitar la construcción de la techumbre. En cuanto al corredor de Valdemuriel, seguramente descubierto, ofrece una disposición singular, ya que los bloques en vez de alinearse en el sentido de su longitud, como sería lógico, se apoyan unos en otros, sobre sus superficies planas, dando lugar a un apilamiento que no volverá a constatarse en los pasillos de los dólmenes loriegos más desarrollados.

Finalmente, Las Arnillas, El Moreco y La Cabaña, en Moradillo de Sedano, Huidobro y Sargentos de la Lora, representan la culminación del megalitismo regional. Son sepulcros de cámaras casi circulares, muy amplias y envueltas en túmulos de gran porte (hasta 30 m. de diámetro), a las que se accede a través de corredores enormes, de más de diez metros en ocasiones, que se inician en la periferia tumular. En las cámaras, constituidas por ortostatos invariablemente enhiestos, esto es dispuestos en el sentido de su longitud, no se acreditan auténticas cubiertas megalíticas, sí en los pasillos, donde los dinteles pueden apoyarse directamente sobre los grandes bloques de las paredes, cuando no sobre un recrecimiento de primoroso aparejo de piedra en seco, cual acontece en Las Arnillas.

La excavación de este último yacimiento revela la existencia de un notable osario, de por lo menos medio centenar de esqueletos, que se repartía bastante desordenado por la cámara y el corredor. Y en algún caso las cámaras, juzgar por lo advertido en El Moreco, se decoraban con pinturas esquemáticas en rojo, que debían hacer más solemne la despedida de los difuntos.

Una datación absoluta sobre muestra de hueso humano del osario de la cámara de Las Arnillas revela que el momento de esplendor de estas últimas tumbas megalíticas de La Lora se sitúa hacia el último tercio del IV milenio, es decir casi un milenio después de la erección de las primeras. Los cambios en los ajuar-

Yacimiento	Contexto	B.P.	cal A.C. (95'4%)	Referencia bibliográfica
Rebolledo (BU)	Carbón cámara	5305±30	4236 – 4044	Delibes y Rojo, 1997
Fuentepecina II (BU)	Carbón cámara	5170±100	4241 – 3714	Rojo <i>et alii</i> , 1996
La Cabaña (BU)	Carbón infratumular	5240±65	4252 – 3951	Delibes y Rojo, 1997
El Moreco (BU)	Carbón infratumular	5160±60	4225 – 3793	Delibes, Rojo y Represa, 1993
Las Amillas (BU)	Osario	4575±40	3499 – 3104	Delibes, 1984
El Miradero (VA)	Carbón cámara	5120±25	3978 – 3804	Delibes y Etxeberria, 2002
Dehesa Río Fortes (AV)	Carbón túmulo	4970±80	3950 – 3641	Estremera y Fabián, 2002
Los Zumacales (VA)	Osario	4870±60	3790 – 3522	Delibes, 2010
La Velilla (PA)	Osario	4640±40	3620 – 3351	Delibes, Guerra y Zapatero, e.p.
Peña de la Abuela (SO)	Carbón cámara	5050±50	3961 – 3712	Rojo <i>et alii</i> , 2005
La Sima I (SO)	Carbón cámara	5308±31	4238 – 4043	Rojo <i>et alii</i> , 2005
La Sima II (SO)	Osario	4862±27	3703 – 3544	Rojo <i>et alii</i> , 2005
La Tarayuela (SO)	Carbón cámara	4892±36	3764 – 3636	Rojo <i>et alii</i> , 2005

Tabla I. Trayectoria cronológica del Megalitismo de la Submeseta Norte a partir de algunas dataciones radiocarbónicas.

res que se registran paralelamente a los estructurales inducen a pensar, además, que los distintos modelos que hemos venido describiendo fueron esencialmente consecutivos. Y ello, unido también al elevado número de pequeños dólmenes iniciales, sugiere que los últimos y más excepcionales grandes sepulcros de corredor fueron levantados en respuesta a un fenómeno de sinecismo o de fusión de los pequeños clanes en agrupaciones mayores (Tabla I).

3. Variaciones en la composición de los ajueres funerarios a lo largo de la secuencia megalítica regional

Las ofrendas funerarias depositadas en el interior de las tumbas colectivas correspondientes a la fase de implantación del megalitismo (finales V/inicios IV milenio cal AC) comprenden pulimentados, herramientas de sílex (láminas, geométricos), cuentas de collar, espátulas óseas entre las que destacan las de tipo San Martín-El Miradero, prismas de cuarzo y no muy abundantemente cerámica, al menos en el centro y este de la Meseta (Delibes, 2010). A diferencia de los depósitos funerarios más modernos, donde su hallazgo es meramente testimonial, las hachas pulimentadas aparecen profusamente en los primeros megalitos. Si la gran mayoría de ellas pudo tener una función utilitaria, el reducido tamaño de otras que apenas alcanza los 10 cm lleva a considerarlas piezas votivas (Delibes y Santonja, 1986: 168) lo que vendría igualmente apoyado por la excepcional conservación de

sus filos (Delibes, Rojo y Represa, 1993: 37). Quizás en tierras meseteñas las hachas pulimentadas desempeñaran el mismo papel simbólico en relación con ritos fundacionales que M. Sohn propone para las tumbas colectivas neolíticas de la Cuenca de París. Allí los patrones de deposición de las ofrendas funerarias presentan una secuencia evolutiva que se iniciaría con conjuntos colectivos (aquellos que cuentan con hachas pulimentadas) para finalizar con auténticos equipamientos personales (Sohn 2002; 2006). Algo similar parece observarse en las tumbas meseteñas donde los niveles inferiores de ciertas cámaras (Fuentepecina 2, Valdemuriel) incluyen hachas pulimentadas lo que ha llevado a plantear que fueran inauguradas de forma ritual depositando este tipo de piezas (Delibes, Rojo y Represa, 1993: 78).

En estas etapas iniciales, los objetos hallados en los sepulcros parecen constituir ofrendas colectivas a los ancestros, más que pertenencias personales ya que no se aprecian asociaciones claras entre objetos e individuos. No podemos pasar por alto la posibilidad de que dichas asociaciones se diluyeran con el paso del tiempo debido a los distintos avatares a los que se vieron sometidas estas construcciones (inclusión de nuevas inhumaciones, limpieza y acondicionamiento de los espacios sepulcrales, reutilizaciones, expolios, etc.). Pero también es cierto que algunas tumbas antiguas fueron clausuradas por sus propios constructores sin que sus depósitos sufrieran alteraciones con posterioridad, caso del dolmen simple de Fuentepecina 2, fechado en el tránsito V-IV milenio cal AC, y no se observan tales conexiones (Delibes, Rojo y Represa, 1993: 30). Sea como fuere, aunque originariamente los objetos pudieran haberse depositado junto a sus propietarios, no resultaba importante preservar la idea de propiedad privada a la hora de llevar a cabo nuevas inhumaciones en las tumbas.

A partir del IV milenio cal AC se producen ciertos cambios en la composición de las ofrendas funerarias: las láminas de sílex cortas dejan paso a largos cuchillos; pulimentados, microlitos geométricos e ídolos-espátula San Martín-El Miradero comienzan a escasear; los adornos personales cobran un mayor peso y se elaboran sobre una amplia gama de materiales; y por último, los ajuares incluyen ahora puntas de flecha (Delibes y Rojo, 2002). El acusado interés por adornos y colgantes que se observa en el registro arqueológico del Neolítico y con especial incidencia a partir del Neolítico Medio parece indicar una tendencia hacia la expresión de identidad personal en un contexto de competencia abierta por hacerse con determinados privilegios. Resulta interesante comprobar cómo en la Sima I no se conocen elementos de adornos, salvo las “matrices para la fabricación de anillos”, mientras que en la Sima II, el *tholos* que se levanta tres centurias después, las cuentas de collar rondan la centena (Rojo *et alii*, 2005). De este modo, ciertos individuos comienzan a destacar socialmente y son capaces, como en el

caso de El Miradero de reunir pequeños atesoramientos (Delibes, 1995). Asimismo, en las cámaras de algunas tumbas se recurre a ciertos elementos arquitectónicos como lajas o cistas que actúan como marcadores para diferenciar espacios. Se trata, en suma, del reflejo de una tendencia cada vez más acentuada a expresar la identidad individual en el registro funerario.

4. La materialización de la diferenciación social en el registro arqueológico

4.1. Elementos de prestigio en los ajuares funerarios

Diversos autores han prestado atención a la evolución de los ajuares funerarios a lo largo de la Prehistoria Reciente europea y parece existir una tendencia similar. A comienzos del Neolítico, la mayoría de las piezas están elaboradas con materias primas locales y su producción no requiere de un conocimiento especializado, frente a momentos más avanzados de la secuencia en los que, gracias a la intensificación de las redes de intercambio, cada vez son más cuantiosos los objetos de prestigio (aquellos trabajados sobre materias primas exóticas y producciones especializadas) (Clarke, Cowie y Foxon, 1985; Earle, 2004; Piningre, 2008). Las tumbas colectivas del Neolítico meseteño muestran una dinámica afín. Ya el profesor Maluquer (1956: 16) propuso, aún a falta de los pertinentes análisis petrológicos, que ciertos útiles de sílex de sepulcros zamoranos y salmantinos fueran originarios del valle del Tajo. La tipología de otros remite, incluso, a territorio alentejano caso de las alabardas del dolmen de Galisancho (Delibes y Santonja, 1986) o la de El Prado de las Cruces (Fabián, 1997) que habrían llegado a la Meseta siguiendo una ruta coincidente con la posterior “Vía de la Plata” (Martín Bravo y Galán, 2000: 87). Los materiales exóticos, no obstante, suelen destinarse a la manufactura de adornos personales y aunque también se emplean los locales (por ejemplo, hueso para la confección de anillos), las piezas alóctonas resultan mucho más llamativas, precisamente por su rareza.

La presencia de cuentas de collar ya se constata desde los primeros compases del Megalitismo regional pero a medida que avanza la secuencia, aparecen trabajadas sobre materias primas exóticas, lo que implica intercambios cada vez a mayor distancia. Las más numerosas son las pequeñas arandelas de pizarra que aparecen en el horizonte inicial del megalitismo para perdurar hasta las etapas finales, asociadas ya a los sepulcros de corredor más desarrollados caso del abulense del Prado de las Cruces para el que se defiende una cronología muy tardía (Neolítico Final/Calcolítico) (Fabián, 1997: 85), al igual que para el cercano túmulo de Mironcillo adscrito al Horizonte Rechaba en donde la media docena de minúsculos discos de pizarra rellenaban el orificio de otros tantos ejemplares anulares de

variscita (Estremera y Fabián, 2002: 22). Se cuentan por centenares en las tumbas de Zamora y Salamanca (Delibes y Santonja, 1986: 169), territorios en donde se trata de un material local y omnipresente, pero igualmente en otros donde claramente es exótico. Así debe considerarse en el caso de las tumbas vallisoletanas de El Miradero (Delibes, Alonso y Galván, 1986: 231) y Los Zumacales (Delibes, Alonso y Rojo, 1987: 185), o de los sepulcros de La Lora burgalesa que han entregado este tipo de adornos (Delibes, Rojo y Represa, 1993).

La variscita de los dólmenes más occidentales de la Meseta igualmente tiene un origen local. Proviene de las mineralizaciones del Sinforme de San Vitero o Sinforme de Alcañices y posiblemente de las vetas localizadas en Palazuelo de las Cuevas, San Vicente de la Cabeza y El Bostal, todas ellas en la comarca zamorana del Aliste (Arribas *et alii*, 1971). Así lo han venido a confirmar los análisis mineralógicos efectuados sobre las cuentas verdes de El Tesoro, en Morales del Rey, y del Prado de las Cruces (Edo y Fernández Turiel, 1997; Edo *et alii*, 1997). Es muy probable que las halladas en los sepulcros vallisoletanos de Los Zumacales (Delibes, Alonso y Rojo, 1987: 185) y El Miradero (Delibes, Alonso y Galván, 1986: 231), el palentino de La Velilla (Zapatero, 1991: 56) y el abulense de la Dehesa de Río Fortes (Estremera y Fabián, 2002: 22), compartan un mismo origen. En cambio, la procedencia de las recuperadas en dólmenes burgaleses se encuentra en las minas de Can Tintorer (Rojo *et alii*, 1996) y lo mismo se ha sugerido para las sorianas de la Sima II y La Tarayuela, a falta, en este caso, de confirmación mineralógica (Rojo *et alii*, 2005). No deja de resultar paradójico que la variscita zamorana no alcanzara el extremo oriental de la Submeseta Norte cuando está presente en sepulcros bretones de la región de Carnac en fechas tan antiguas como finales del VI milenio cal AC (Herbaut y Querré, 2004).

Las cuentas de lignito o azabache generalmente son de grandes dimensiones y presentan variedad de formas (de tonelete, tubulares y cilíndricas). Se trata de un tipo de carbón que en la Submeseta Norte se localiza en la Cordillera Cantábrica, en puntos de la Sierra de la Demanda y en el Sistema Ibérico (SIEMCALSA, 1997). Por tanto su presencia no resulta exótica en las tumbas de La Lora burgalesa (Las Arnillas, La Cabaña, Fuentepecina 1, La Nava Alta) (Delibes, Rojo y Represa, 1993) ni en el Túmulo de la Sima (Rojo *et alii*, 2005: 117, 119). Por el contrario, en el caso de La Velilla (Zapatero, 1990: 60), se trata de un material completamente ajeno a la litología de la cuenca sedimentaria por lo que su hallazgo allí responde a su inclusión en redes de intercambio (Fig. 2). Lo mismo ocurre en el túmulo de la Dehesa de Río Fortes, ya en la provincia abulense (Estremera y Fabián, 2002), por lo que teniendo en cuenta que las cuencas de carbón en territorio peninsular se ciñen al tercio norte nos encontramos ante un testimonio de la llegada de influjos septentrionales, quizás desde el área galaico-portu-

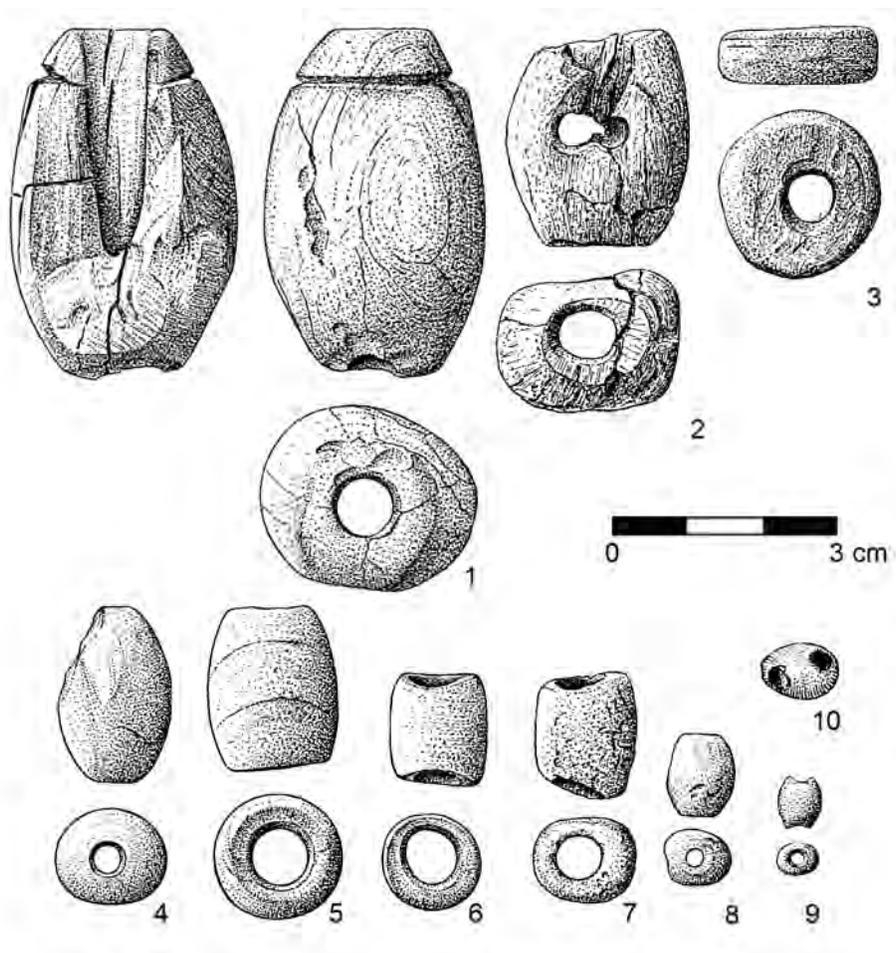


Fig. 2. Cuentas de collar del dolmen de La Velilla (Osorno, Palencia) sobre diversos materiales: 1-3, lignito; 4, ámbar; 5-7, rocas duras; 8, variscita; 9, roca verde; 10, concha de *Trivia* (Dibujo de Ángel Rodríguez González).

guesa, como asimismo apunta el conjunto de útiles pulimentados de ese dolmen, que se asocia al Horizonte Rechaba.

El acceso a otros artículos fue incluso más restringido a la vista de su escasa cuantía en los dólmenes meseteños. En este grupo podríamos mencionar las conchas marinas que asimismo se destinaron a la confección de adornos personales. La presencia de moluscos marinos en el Alto Ebro ya se constata desde el Meso-

lítico (Álvarez Fernández, 2006). En ocasiones resulta difícil determinar su procedencia ya que puede tratarse de especies atlánticas o mediterráneas. Este es el caso de los adornos de *Dentalium* recuperados en El Miradero (Delibes, Alonso y Rojo, 1987: 184) y Fuentepecina 3 (Delibes, Rojo y Represa, 1993: 79), o de las cuentas de *Antalis* de La Tarayuela, donde también apareció una valva de *Glycymeris* cuya procedencia no ha podido precisarse (Álvarez Fernández, 2005). Por el contrario las conchas de *Trivia europea* como las de Las Arnillas (Delibes, Rojo y Represa, 1993: 58) o La Velilla (Zapatero, 1990: 60) son de origen atlántico. Uno de los hallazgos más excepcionales es el brazaete elaborado sobre una gran concha de *Glycymeris* depositada en el sepulcro de corredor de Cubillejo de Lara, procedente del Mediterráneo (Delibes y Rojo, 1988: 14), tanto por la destreza en su manufactura como por el propio soporte, dado que durante la Prehistoria no parece ser frecuente el empleo de valvas de este molusco para la confección de adornos (Álvarez Fernández, 2005). En la Nava Alta se recuperaron cuentas elaboradas sobre piezas de coral fósil (Delibes, Rojo y Represa, 1993: 92).

Por el momento sólo se ha documentado la presencia de ámbar en dos tumbas meseteñas. En La Velilla se hallaron cinco cuentas (Zapatero, 1990: 59) y en Las Arnillas los restos corresponden a una posible tableta (Delibes, Rojo y Sanz, 1986: 33). Las fuentes más cercanas de esta resina se localizan en la costa cantábrica donde fueron explotadas por las comunidades locales desde el Auriñaciense (Álvarez, Peñalver y Delclòs, 2005). No obstante, la proximidad de recursos locales no supone automáticamente su explotación, como de hecho han puesto de relieve los análisis realizados sobre cuentas de ámbar recuperadas en varios yacimientos de Cataluña, los cuales apuntan al Báltico a pesar de la existencia de fuentes de aprovisionamiento locales (Rovira, 1994). En cualquier caso, en la Submeseta Norte se trata de un material claramente foráneo. Y lo mismo puede decirse de la cuenta de marfil recuperada en el sepulcro de corredor del Prado de las Cruces (Fabián, 1997: 85-86) que desde tierras africanas habría llegado a la Península Ibérica siguiendo una ruta marítima que recalaría en Portugal (Schuhmacher, Cardoso y Banerjee, 2009).

Contamos también con algún ejemplo de la llegada de otros artículos exóticos no destinados a servir como aderezo. En el depósito funerario del dolmen de La Velilla se esparció una gruesa capa de bermellón cuyas fuentes de aprovisionamiento más próximas se encuentran en los Montes de León, a unos 160 km de distancia (Martín Gil *et alii*, 1994). El uso de este pigmento rojizo obtenido del cinabrio revela además interesantes aspectos del ritual funerario ya que su presencia en el sepulcro palentino no parece responder simplemente a su brillante tonalidad. Conviene recordar que resulta relativamente sencillo conseguir ocre en las inmediaciones de La Velilla por deshidratación de la limonita local, lo que sugiere

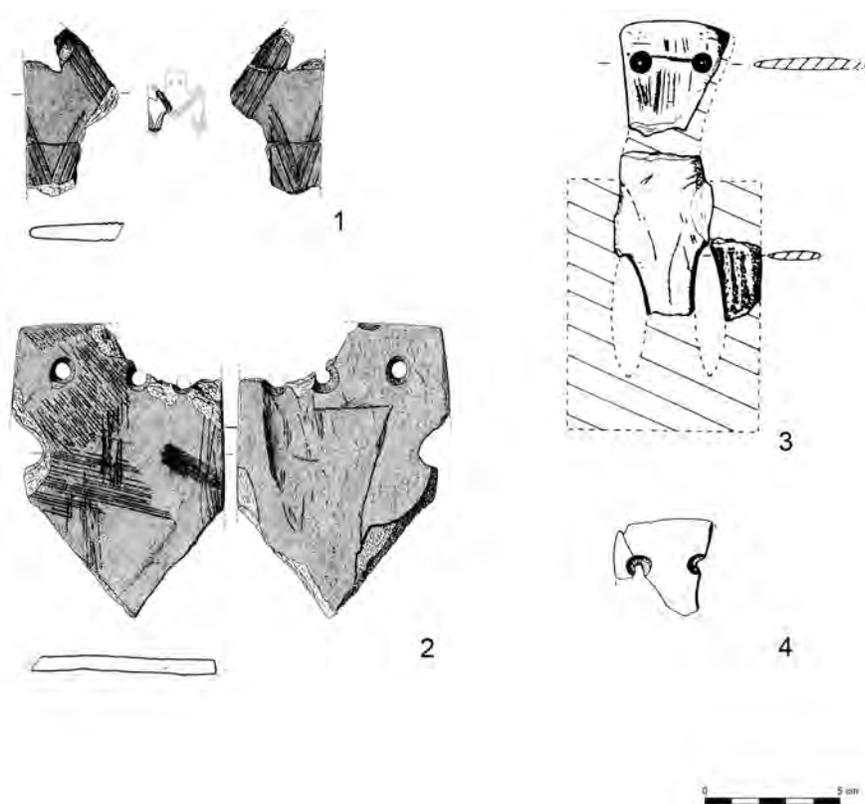


Fig. 3. Fragmentos de ídolos-placa procedentes de sepulcros colectivos de la provincia de Salamanca: 1-2, Dolmen de La Ermita de Galisancho (según Santonja, 1987: 207); 3, Dolmen de El Torrejón de Villarmayor (según Arias, 1989: 408); 4, Dolmen de La Casa del Moro de Casillas de Flores (según López Plaza, Luis y Salvador, 2000: 285).

que intencionadamente se optó por el bermellón, debido a sus propiedades conservantes (Delibes, 2000: 228).

Aparte de los materiales exóticos, los bienes de prestigio incluyen también aquellos que aún estando elaborados en soportes locales, su manufactura requiere de un conocimiento especializado, alzándose como elementos con un alto componente simbólico. En ese grupo encontramos esas distintivas paletas óseas sobre tibias de ovicápridos, los ya célebres “ídolos –espátula de tipo San Martín-El Miradero” (Delibes, Alonso y Rojo, 1992) que, a tenor de su exclusivo hallazgo en ambientes sepulcrales —salvo el ejemplar de Tagarabuena recuperado en prospección y carente de contexto (Palomino, 1989)—, se les vincula a la esfera ritual

y se les atribuye un papel litúrgico en las ceremonias fúnebres. Su distribución se ha visto recientemente ampliada tras detectarse su presencia en las tumbas manchegas de El Castillejo (Bueno *et alii*, 1999) y Portillo de las Cortes (Delibes, 2004), y en los megalitos sorianos del Valle de Ambrona (Rojo *et alii*, 2005), pero el grueso de la colección se encuentra en el este de la Submeseta Norte y la Rioja alavesa. Es este hecho lo que les convierte en signos de identidad étnica, quizás no de forma deliberada por parte de las comunidades megalíticas de esos territorios, aunque en último extremo es como funcionaron, convirtiéndose en objetos exclusivos dentro y fuera de este espacio en una situación similar a lo que ocurre en el sur peninsular con los ídolos-placa (Delibes, Guerra y Zapatero, e.p.).

De este modo, la llegada de estos objetos a lugares alejados de sus genuinos territorios étnicos incrementa su valor, al tratarse de piezas exóticas en cuanto a su tipología, y vinculadas a ceremonias religiosas ajenas a las prácticas locales. Así cabe interpretar la presencia de algunos de esos ídolos meridionales en sepulcros megalíticos de Salamanca (Fig. 3), caso de las placas grabadas y el betilo del sepulcro de corredor de La Ermita de Galisancho (Santonja, 1987), el fragmento de otro ídolo-placa del dólmen de Casa del Moro, en Casillas de Flores (López Plaza, Luis y Salvador, 2000) o, de nuevo una de estas placas de pizarra antropomorfas, con la particularidad de aparecer tintada de ocre, en el sepulcro de corredor de El Torrejón de Villarmayor (Arias, 1989) que, por el momento, constituye el hallazgo más septentrional de todo el territorio peninsular.

4.2. *Expresiones de identidad*

Teniendo en cuenta que los depósitos funerarios de las tumbas colectivas tienden a mostrarse como un caótico amasijo de huesos en el que las ofrendas aparecen diseminadas sin orden ni concierto, resulta bastante complicado reconocer equipamientos personales. En el sepulcro vallisoletano de El Miradero, una de esas “tumbas-calero” características del Megalitismo regional (Rojo, Kunst y Palomino, 2002) se produce la feliz circunstancia de que una gruesa capa de cal selló el nivel funerario convirtiéndolo en un depósito cerrado sin alterar, lo que permitió reconocer con exactitud la correspondencia entre elementos de ajuar e inhumaciones (Delibes, Alonso y Rojo, 1987: 183). Si se trata de posesiones individuales que los difuntos atesoraron en vida o de ofrendas depositadas por sus allegados en el transcurso de las ceremonias funerarias, quizás no resulte tan revelador como el hecho de que ciertos personajes gozaron de un mayor reconocimiento social, según llevan a pensar las acusadas disimetrías de esos conjuntos materiales, tanto por lo que respecta al número de piezas como a la naturaleza de las mismas. Es la inhumación nº 7, correspondiente a un varón adulto, la que mues-

tra una mayor concentración de riqueza (Fig. 4a y b), no tanto por su conjunto lítico (láminas de sílex, un microlito, posiblemente una azuela pulimentada) sino por sus elementos de adorno (más de cuatro millares de discos de pizarra, cuatro cuentas de *Dentalium* y un tonelete de piedra) que probablemente formarían parte de un mismo collar, y sobre todo, por sus once ídolos-espátula que representan un tercio de todos los encontrados en esta tumba (Delibes, Guerra y Zapatero, e.p.).

Tampoco resulta habitual en el Megalitismo meseteño la división del espacio funerario en el interior de las tumbas colectivas, aunque contamos con algunos ejemplos. Los tres únicos individuos sepultados en Los Morcales (Barbadillo del Mercado, Burgos), aún en conexión anatómica, se encontraban claramente distanciados (Rojo, Kunst y Palomino, 2002). En el depósito de La Peña de la Abuela aparecieron lajas y cistas de piedra con restos de varias inhumaciones en su interior, cuya interpretación no está exenta de problemas debido a que sus excavadores defienden la mayor antigüedad de estas estructuras sobre el resto de enterramientos, a pesar de que debajo de algunas se depositaron individuos con posterioridad (?), según sugiere el hecho de que se encontraran en proceso de putrefacción cuando se incendió la tumba (Rojo *et alii*, 2005: 60). Similares estructuras pétreas se han documentado también en la segunda fase de ocupación del cercano Túmulo de la Sima las cuales, sorprendentemente, apenas albergan restos esqueléticos por lo que se plantea que hicieran las veces de pudrideros, de tal manera, que una vez completado el proceso, los huesos se depositaron fuera de las cistas (*Ibidem*: 167). También en los dólmenes de Ávila, cuyas cronologías nos llevan a un momento avanzado del Megalitismo, encontramos este tipo de recursos arquitectónicos. Así, entre las opciones que baraja Fabián para explicar la presencia de un enorme monolito en la cámara de El Prado de las Cruces alude a su empleo como separador de espacios (Fabián, 1997: 35), de modo similar al de las estatuas-menhir y las estelas de algunos dólmenes peninsulares (Bueno y Balbín, 1994). Y a pesar del deficiente estado de conservación en el que se encontraba el túmulo de Mironcillo, revuelto por la maquinaria agrícola, se señala la presencia de una gran lancha de granito en la que, curiosamente, se concentra la mayor cantidad de restos, “*puediendo formar parte esta piedra de una cista, o bien de un espacio simbólico acotado por piedras*” (Estremera y Fabián, 2002: 17), de manera análoga a lo que ocurre en otras tumbas megalíticas del noroeste peninsular vinculadas al Horizonte Rechaba con conjuntos pulimentados afines a los de la tumba abulense.

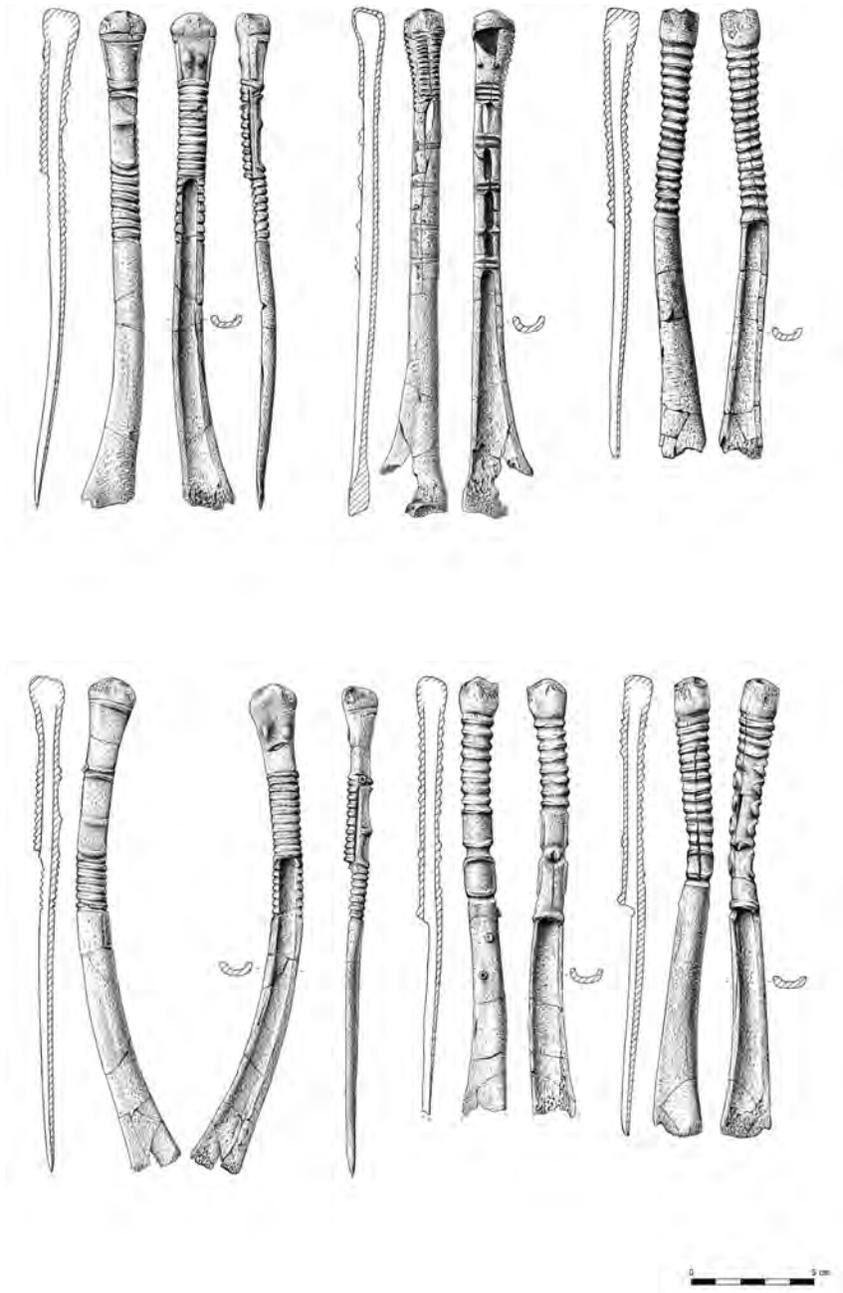


Fig. 4a. Algunos de los ídolos-espátula del ajuar del individuo 7 del sepulcro de El Miradero (Villanueva de los Caballeros, Valladolid) (Dibujo de Ángel Rodríguez González).

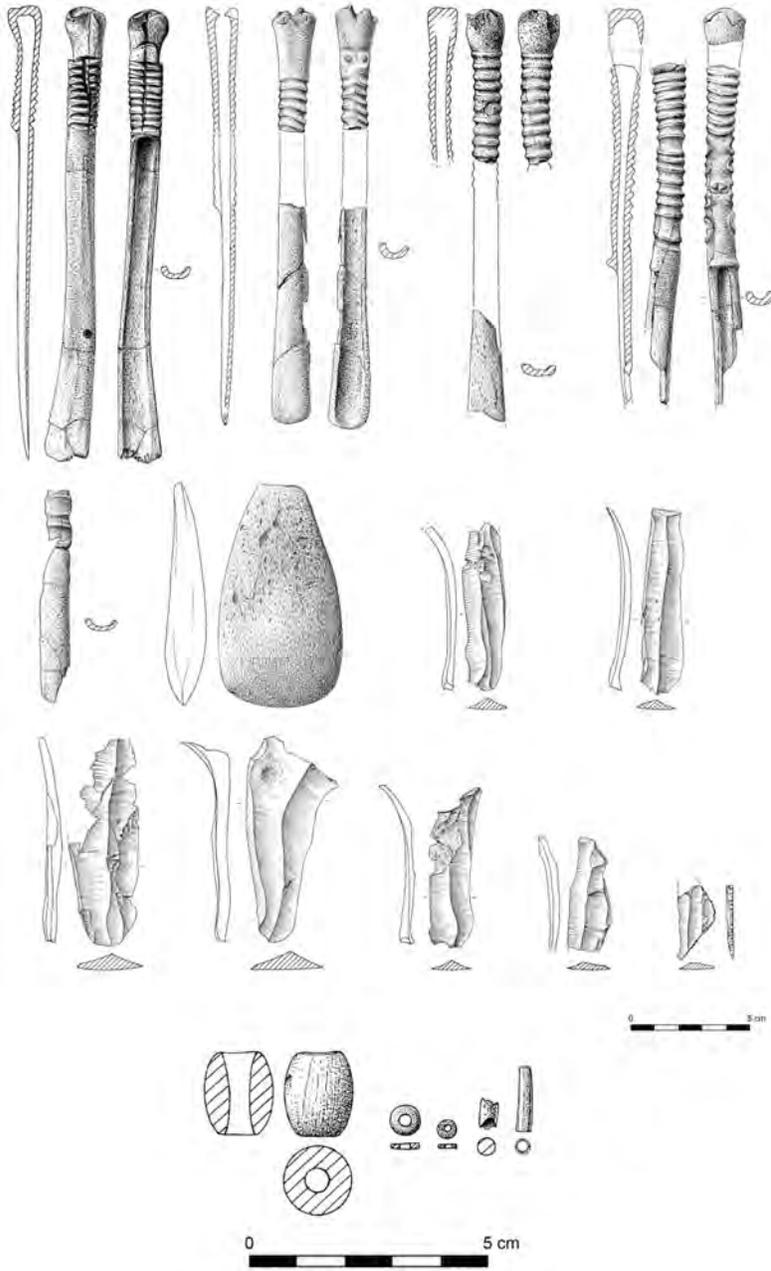


Fig. 4b. Restantes ídolos-espátula y piezas del ajuar del individuo 7 del sepulcro de El Miradero (Villanueva de los Caballeros, Valladolid) (Dibujo de Ángel Rodríguez González).

5. A modo de reflexión: las estrategias de poder en las sociedades megalíticas

El registro funerario de las comunidades neolíticas a partir del V milenio cal AC nos muestra la existencia de diferencias sociales entre sus miembros. La propia composición de los osarios resulta claramente reveladora en ese sentido pero tampoco los individuos que conforman ese grupo minoritario tienen la misma categoría social. Cabría preguntarse, entonces, por los mecanismos que permitieron a ciertos personajes lograr inicialmente esa posición destacada que, más adelante, tratarán de consolidar recurriendo a diversos procedimientos (adquisición de objetos de prestigio, estructuras individualizadoras).

Las estrategias para hacerse con el poder resultan muy variadas pero pueden agruparse en cuatro grandes ámbitos: económico, político, militar e ideológico (Mann, 1991). En el V milenio cal AC parece que las gentes Neolíticas estarían en mejores condiciones de recurrir al último, de tal manera que se produciría un desarrollo del aparato ideológico. La cultura material, entonces, desempeñaría un destacado papel en este proceso ya que la ideología se puede materializar en objetos que permitirán a los grupos dominantes manipularlos a su antojo y en su propio beneficio (De Marrais, Castillo y Earle, 1996). Cuando una materia prima es local y abundante, resulta difícil restringir su abastecimiento de ahí que los objetos elaborados con ella no sean exclusivos de una minoría; por el contrario, aquellos sobre materiales exóticos o escasos, los obtenidos mediante intercambio o los que conllevan un trabajo especializado, no resultan asequibles a toda la comunidad por lo que se convierten en elementos de prestigio al ser monopolizados por unos pocos individuos y terminan convirtiéndose en símbolos identitarios de un determinado segmento social (Clarke, Cowie y Foxon, 1985; Earle, 2004; Kristiansen, 1984; Tilley, 1984). De este modo, los objetos exóticos se convierten en una importante fuente de poder social por tres razones: 1) proceden de lugares lejanos, lo que les confiere prestigio dado que no todos los miembros de la comunidad son capaces de hacerse con ellos; 2) provocan un enorme impacto visual, ya que no se trata de materiales comunes que fácilmente pueden encontrarse en las inmediaciones; y 3) su obtención queda restringida a los grupos dominantes, es decir, únicamente a aquellos que serán enterrados en las tumbas colectivas. Se podría, incluso, establecer una relación directa entre distancia y valor, de tal manera que cuanto más lejos se encuentra la fuente de aprovisionamiento de un recurso determinado, mayor es su valor simbólico y social (Guerra y Delibes, e.p.). No es de extrañar, por tanto, que esos materiales exóticos se destinen a la confección de adornos personales ya que lo que se pretende es exhibirlos públicamente y hacer ostentación de la posición social de su portador. Se trata de un mecanismo frecuente al que recurren las élites con el fin de consolidar su posición frente a los

miembros de su grupo y frente a las élites de otros grupos (Reynolds, 1973; Veblen, 2002). Es precisamente su valor simbólico lo que explica su atractivo ya que su difusión no responde a sus cualidades funcionales o técnicas sino a la búsqueda de prestigio en el marco de un contexto de competencia social (Piningre, 2008: 359-360).

Las redes de intercambio permitieron la interacción entre las comunidades prehistóricas, favoreciendo la circulación de ideas y objetos. Teniendo en cuenta que en esos momentos del Neolítico se trata de sociedades en las que la producción agrícola no cuenta con un elevado volumen de excedentes resulta significativo que esos intercambios no estuvieran destinados a la obtención de bienes de primera necesidad, sino de adornos y objetos rituales cuyo acceso, además, era un privilegio reservado a un exclusivo segmento social. Si bien estos artículos de prestigio aparecen ya en tumbas colectivas de comienzos del IV milenio cal AC no será hasta momentos posteriores cuando se hagan más frecuentes lo que lleva a sugerir un mayor dinamismo de las redes de intercambio. De hecho, la intensificación de estas rutas a partir del Neolítico Medio es un fenómeno extendido por el continente europeo aunque no será hasta el Neolítico Final cuando se diversifiquen las producciones, y nuevamente serán los elementos de adorno y los objetos especializados los que copen la circulación (Piningre, 2008). Los intercambios a cierta distancia se convierten, de este modo, en un importante factor en el proceso de la estratificación social (Hirth, 1978).

La presencia de marfil, ámbar y conchas marinas en los megalitos meseteños demuestra la existencia de activas redes de intercambio que favorecieron la interacción entre comunidades costeras y de interior, seguramente no de manera directa sino recurriendo a intermediarios, un mecanismo que fue bautizado por Renfrew como “down-the-line” (Renfrew, 1975). Se abre, así, un interesante campo de investigación sobre la naturaleza de los bienes que circulan por ellas: sabemos qué elementos llegan a la Submeseta Norte, pero ¿cuáles salían de este territorio? La presencia de variscita alistana en dólmenes bretones de finales del VI milenio cal AC (Herbaut y Querre, 2004) nos permite conocer uno de ellos y rastrear la antigüedad de estos intercambios que, dada la enorme distancia en este caso, suponemos indirectos.

Por otro lado, el hecho de que la variscita alistana alcance suelo bretón y sorprendentemente no se encuentre en el oriente meseteño donde, en cambio, llega la extraída en Can Tintorer, puede ser indicativo de la coexistencia de rutas independientes: una, que alcanzaría los territorios más orientales por la que penetrarían influjos mediterráneos aprovechando el corredor del Ebro, y otra, que afectaría al sector suroccidental de la Meseta por la que llegarían influjos meri-

dionales y que pudo entroncar con una ruta marítima por la fachada atlántica que enlazaría, incluso, con tierras africanas para la obtención de marfil. Así se explica que haya determinados elementos que se documentan en uno u otro sector meseteño (variscita alistana, ídolos-espátula, lignito), mientras que el centro de la cuenca sedimentaria actúa como receptor de los influjos de ambos.

Y finalmente, teniendo en cuenta que la mayoría de los elementos exóticos son adornos personales y que aparecen siempre como objetos acabados, podemos descartar la posibilidad de viajes a larga distancia para aprovisionarse de materia prima para su confección. Entonces, si lo que circulaban eran las cuentas totalmente acabadas (o los collares de los que formaban parte), ¿no estaríamos ante un posible intercambio de adornos entre individuos destacados de distintas comunidades con fines varios (refrendo de amistad, establecimiento de alianzas, etc.)?

Bibliografía

- ALDAY, A., GUNDÍN, E., LÓPEZ HEREDIA, J., SOTO, A. y TARRIÑO, A. (2008): “El túmulo funerario Neolítico de San Quílez. San Martín Zar-Treviño: un dispositivo y unos ritos originales en el cuarto milenio a.C.”. *Munibe*, 59, pp. 135-156.
- ÁLVAREZ FERNÁNDEZ, E. (2005): “El ajuar del túmulo de La Tarayuela (Ambrona, Soria): Estudio de los moluscos”. En M.A. Rojo, M. Kunst, R. Garrido Pena, I. García Martínez de Lagrán y Guillermo Morán Dauchez: *Un desafío a la Eternidad. Tumbas monumentales del Valle de Ambrona (Soria, España)*. Soria: Junta de Castilla y León. Arqueología en Castilla y León, Memorias 14, pp. 362-364.
- (2006): *Los objetos de adorno-colgantes del Paleolítico Superior y del Mesolítico en la Cornisa Cantábrica y en el valle del Ebro*. Salamanca: Universidad de Salamanca.
- ÁLVAREZ FERNÁNDEZ, E., PEÑALVER MOLLÁ, E. y DELCLÒS, X. (2005): “Presencia de ámbar local en los niveles auriñacienses de Cueva Morín y El Pendo (Cantabria, España)”. *Monografías del Museo de Altamira*, 20, pp. 385-395.
- ARIAS GONZÁLEZ, L. (1989): “Contribución al estudio del fenómeno megalítico en el occidente de la Meseta norte: el dolmen de El Torrejón (Villarmayor, Salamanca)”. En *XIX Congreso Nacional de Arqueología: ponencias y comunicaciones*, vol. I. Zaragoza: Universidad de Zaragoza, pp. 399-408.
- ARRIBAS, A., GALÁN, E., MARTÍN POZAS, J.M., NICOLAU, J. y SALVADOR, P. (1971): “Estudio mineralógico de la variscita de Palazuelo de las Cuevas, Zamora (España)”. *Studia Geologica Salmantica*, 2, pp. 115-132.

- BUENO RAMÍREZ, P. (2000): “El espacio de la muerte en los grupos neolíticos y calcolíticos de la Extremadura española: las arquitecturas megalíticas”. En J. Jiménez y J.J. Enríquez Navascués (eds.), *El megalitismo en Extremadura (Homenaje a Elías Diéguez Luengo)*, Extremadura Arqueológica, VIII, pp. 35-80.
- BUENO, P. y BALBÍN, R. DE (1994): “Estatuas-menhir y estelas antropomorfas en megalitos ibéricos. Una hipótesis de interpretación del espacio funerario”. En J.A. Lasheras (ed.): *Homenaje al Dr. Joaquín González Echeagaray*. Madrid: Ministerio de Cultura. Museo y Centro de Investigación de Altamira, Monografías 17, pp. 337-347.
- BUENO, P., BALBÍN, R. DE y BARROSO, R. (2005): *El dolmen de Azután (Toledo). Áreas de habitación y áreas funerarias en la cuenca interior del Tajo*. Toledo: Diputación Provincial. Monografías 2.
- BUENO P., BALBÍN R. DE, BARROSO R., ROJAS J. M., VILLA J. R., FÉLIX R. y ROVIRA S. (1999): “Neolítico y Calcolítico en Huecas (Toledo). El túmulo del Castillejo. Campaña de 1998”. *Trabajos de Prehistoria*, 56, 2, pp. 141-160.
- CLARKE, D.V., COWIE, T.G. y FOXON, A. (1985): *Symbols of Power at the time of Stonehenge*. Edinburgh: National Museum of Antiquities of Scotland.
- DANIEL, G. (1967): “Northmen and Southmen”. *Antiquity*, XLI, pp. 313-317.
- DELIBES DE CASTRO, G. (1984): “Fechas de radiocarbono para el Megalitismo de la Meseta Española”. *Arqueología GEAP*, 10, pp. 99-102.
- (1995): “Ritos funerarios, demografía y estructura social entre las comunidades neolíticas de la Submeseta Norte”. En R. Fábregas Valcarce, F. Pérez Losada y C. Fernández Ibáñez (eds.), *Arqueología da Morte na Península Ibérica desde as Orixes ata o Medioevo*. Xizno de Limia: Concello Xizno de Limia. Bibliotheca Arqueohistórica Limiá. Serie Cursos e Congresos 3, pp. 61-94.
- (1999): “Arqueólogos, antropólogos, historiadores”. *Revista de Folklore*, 221, 19a, pp. 160-165.
- (2000): “Cinabrio, huesos pintados en rojo y tumbas de ocre: ¿prácticas de embalsamamiento en la Prehistoria?”. En M.H. Olcina Doménech y J.A. Soler Díaz (coord.), *Scripta in honorem Enrique A. Llobregat Conesa*, vol. 1. Alicante: Instituto Alicantino Juan Gil-Albert, pp. 223-236.
- (2004): “Dolmen del Portillo de Las Cortes (Aguilar de Anguita, Guadalajara)”. En J. Blánquez y B. Rodríguez (eds.), *El arqueólogo Juan Cabré (1882-1947). La fotografía como técnica documental*. Madrid: Ministerio de Cultura, pp. 331-335.
- (2010): “La investigación de las sepulturas colectivas monumentales del IV milenio A.C. en la Submeseta Norte Española. Horizonte 2007”. *Suplemento XX de Munibe*, pp.
- DELIBES DE CASTRO, G., ALONSO DÍEZ, M. y GALVÁN MORALES, R. (1986): “El Miradero: un enterramiento colectivo tardoneolítico de Villanueva de los Caballeros (Valladolid)”. En *Estudios en homenaje al Dr. Antonio Beltrán Martínez*. Zaragoza: Universidad de Zaragoza, pp. 227-236.

- DELIBES DE CASTRO, G., ALONSO DÍEZ, M. y ROJO GUERRA, M.A. (1987): “Los sepulcros colectivos del Duero Medio y Las Loras y su conexión con el foco dolménico riojano”. En G. Delibes (ed.), *El megalitismo en la Península Ibérica*. Madrid: Ministerio de Cultura, pp. 181-197.
- DELIBES DE CASTRO, G. y ETXEBERRÍA GABILONDO, F. (2002): “Fuego y cal en el sepulcro colectivo de El Miradero (Valladolid): ¿accidente, ritual o burocracia de la muerte?”. En M.A. Rojo Guerra y M. Kunst (eds.), *Sobre el significado del Fuego en los Rituales Funerarios del Neolítico*. Valladolid: Universidad de Valladolid. *Studia Archaeologica* 91, pp. 39-58.
- DELIBES DE CASTRO, G., GUERRA DOCE, E. y ZAPATERO MAGDALENO, P. (e.p.): “Los ídolos-espátula de tipo San Martín-El Miradero. Identidad, simbolismo, liturgia y prestigio en los ajuares de los sepulcros megalíticos de Castilla La Vieja (España)”. En las actas del congreso *La fin du Néolithique en Europe de l'ouest: valeurs sociales et identitaires des dotations funéraires (3500-2000 av. J.-C.)*, celebrado en Carcassonne (Francia) entre el 26 y el 28 septiembre de 2008.
- DELIBES DE CASTRO, G. y ROJO GUERRA, M.A. (1988): “En torno al origen del foco megalítico del oriente de la Meseta: de nuevo el sepulcro de Cubillejo de Lara”. *Boletín del Seminario de Estudios de Arte y Arqueología*, 54, pp. 5-24.
- (2002): “Reflexiones sobre el trasfondo cultural del polimorfismo megalítico en La Lora burgalesa”. *Archivo Español de Arqueología*, 75, 185-186, pp. 21-35.
- DELIBES DE CASTRO, G., ROJO GUERRA, M. y REPRESA BERMEJO, I. (1993): *Dólmenes de La Lora. Burgos*. Salamanca: Junta de Castilla y León.
- DELIBES DE CASTRO, G., ROJO GUERRA, M. y SANZ MÍNGUEZ, C. (1986): “Dólmenes de Sedano. II. El sepulcro de corredor de Las Arnillas (Moradillo de Sedano, Burgos)”. *Noticiario Arqueológico Hispánico*, 27, pp. 7-39.
- DELIBES DE CASTRO, G. y SANTONJA GÓMEZ, M. (1986): *El fenómeno megalítico en la provincia de Salamanca*. Salamanca: Diputación Provincial. Serie Prehistoria y Arqueología 1.
- DE MARRAIS, E., CASTILLO, L.J. y EARLE, T.K. (1996): “Ideology, Materialization, and Power Strategies”, *Current Anthropology*, 37, 1, pp. 15-31.
- EARLE, T. (2004): “Culture matters in the Neolithic Transition and Emergence of Hierarchy in Thy, Denmark: Distinguished Lecture”. *American Anthropologist*, 106, 1, pp. 111-125.
- EDO I BENAIGES, M. y FERNÁNDEZ TURIEL, J.L. (1997): “Las cuentas de collar de calaíta del Dolmen del Prado de las Cruces. Bernuy-Salineró (Ávila)”. En J.F. Fabián García, *El Dolmen del Prado de las Cruces (Bernuy-Salineró. Ávila)*. Zamora: Junta de Castilla y León. Arqueología en Castilla y León, Memorias 6, pp. 135-144.
- EDO, M., FERNÁNDEZ TURIEL, J.L., VILLALBA, M.J. y BLASCO, A. (1997): “La calaíta en el cuadrante NW de la Península Ibérica”. En R. de Balbín Behrmann y P. Bueno Ramírez (eds.), *II Congreso de Arqueología Peninsular. II, Neolítico, Calcolítico y Bronce*. Zamora: Fundación Rei Afonso Henriques, pp. 99-121.
- ESTREMERÁ PORTELA, M.S. y FABIÁN GARCÍA, J.F. (2002): “El Túmulo de la Dehesa de Río Fortes (Mironcillo, Ávila): Primera manifestación del Horizonte Rechaba en la Meseta Norte”. *Boletín del Seminario de Estudios de Arte y Arqueología*, 68, pp. 9-48.

- FABIÁN GARCÍA, J.F. (1997): *El Dolmen del Prado de las Cruces (Bernuy-Salineru. Ávila)*. Zamora: Junta de Castilla y León. Arqueología en Castilla y León, Memorias 6.
- GIOT, P.R. (1976): "Le mégalithisme. Dolmens et menhires, le phenom mégalithique en France". En J. Guilaine (dir.), *La Préhistoire Française. II. Les civilisations néolithiques et protohistoriques de la France*. Paris: Editions du CNRS, pp. 202-210.
- GUERRA DOCE, E. y DELIBES DE CASTRO, G. (e.p.): "The Role of Long-Distance Exchanges in the Materialization of Power: The Circulation of Exotic Items in Megalithic Monuments of Central Iberia". En P.R. Preston, M. McCarty y K. Schorle (eds.), *Challenging Frontiers: Mobility, Transition, and Change*. Oxford: Oxford University School of Archaeology Monographs
- HERBAUT, F. y QUERRE, G. (2004): "La parure néolithique en variscite dans le sud de l'Armorique". *Bulletin de la Société Préhistorique Française*, 101, 3, pp. 497-520.
- HIRTH, K.G. (1978): "Interregional Trade and the Formation of Prehistoric Gateway Communities". *American Antiquity*, 43, 1, pp. 33-45.
- KRISTIANSEN, K. (1984): "Ideology and Material Culture: An Archaeological Perspective". En M. Spriggs (ed.), *Marxist perspectives in Archaeology*. Cambridge: Cambridge University Press, pp. 72-100.
- LEISNER, G. y LEISNER, V. (1951): *Antas do concelho de Reguengos de Monzaraz*. Lisboa: Instituto da Alta Cultura.
- LEISNER, V. y SCHUBART, H. (1964): "Dólmenes de Ciudad Rodrigo". *Zephyrus*, XV, pp. 47-62.
- LÓPEZ PLAZA, S., LUIS FRANCISCO, J. y SALVADOR MATEOS, R. (2000): "Megalitismo y vías naturales de comunicación en el SO salmantino". En V. Oliveira Jorge (ed.), *Actas do 3º Congresso de Arqueologia Peninsular, vol. III: Neolitização e Megalitismo da Península Ibérica*. Porto: Adecap, pp. 271-288.
- MALUQUER DE MOTES, J. (1956): *Carta arqueológica de España: Salamanca*. Salamanca: Diputación Provincial.
- MANN, M. (1991): *Las fuentes del poder social. I, Una historia del poder desde los comienzos hasta 1760 d.C.* Madrid: Alianza.
- MARTÍN BRAVO, A.Mª. y GALÁN DOMINGO, E. (2000): "Megalitismo y paisaje en la cuenca extremeña del Tajo". En J. Jiménez Ávila y J.J. Enríquez Navascués (eds.), *Extremadura Arqueológica, VIII. El Megalitismo en Extremadura (Homenaje a Elías Diéguez Luengo)*. Mérida: Junta de Extremadura, pp. 81-94.
- MARTÍN GIL, J., MARTÍN GIL, F.J., DELIBES DE CASTRO, G., ZAPATERO MAGDALENO, P. y SARABIA HERRERO, F.J. (1994): "Neolítico. Uso del cinabrio". *Investigación y Ciencia*, 219, pp. 30-31.
- MASSET, C. (1986): "Le "recrutement" d'un ensemble funéraire". En H. Duday y C. Masset (eds.), *Anthropologie physique et archéologie. Méthodes d'étude des sépultures* (Actes du colloque de Toulouse, 4-6 novembre 1982). Paris: CNRS, pp. 111-134.
- PALOMINO LÁZARO A. (1989): "Manifestaciones tumulares no megalíticas del centro de la Meseta. Nuevas aportaciones en la provincia de Zamora", *Anuario 1989 del Instituto de Estudios Zamoranos "Florián de Ocampo"*, pp. 181-191.

- PALOMINO LÁZARO, A.L. y ROJO GUERRA, M. (1997): “Un nuevo yacimiento neolítico de habitación infratumular: “El Teso del Oro” en San Martín de Valderaduey (Zamora)”. En *Actas del II Congreso de Arqueología Peninsular. Tomo II. Neolítico, Calcolítico y Bronce*. Zamora: Fundación Rei Afonso Henriques, pp. 249-257.
- PININGRE, J.F. (2008): “Relations sociales et circulation des hommes et des biens”. En J. Tarrête y C.T. Le Roux (coords.), *Archéologie de la France. Le Néolithique*. París: Picard, pp. 354-363.
- RENFREW, C. (1975): “Trade as action at a distance”. En J. Sabloff y C.C. Lamberg-Karlovsky (eds.), *Ancient civilization and trade*. Albuquerque: University of New Mexico Press, pp. 1-59.
- REYNOLDS, V. (1973): “Ethology of Social Change”. En C. Renfrew (ed.), *The Explanation of Culture Change: Models in Prehistory*. London: Duckworth, pp. 467-480.
- ROJO GUERRA, M.A., DELIBES DE CASTRO, G., EDO BENAIGUES, M. y FERNÁNDEZ TURIEL, J.L. (1996): “Adornos de calaíta en los ajuares dolménicos de la provincia de Burgos: apuntes sobre su composición y procedencia”. En *Actes del I Congrès del Neolític a la Península Ibèrica: Formació i implantació de les comunitats agrícoles, Gavà-Bellaterra, 27, 28, i 29 de març de 1995, Rubricatum 1*. Gavà: Museu de Gavà, pp. 239-250.
- ROJO GUERRA, M.A., KUNST, M., GARRIDO PENA, R., GARCÍA MARTÍNEZ DE LAGRÁN, I. y MORÁN DAUCHEZ, G. (2005): *Un desafío a la Eternidad. Tumbas monumentales del Valle de Ambrona (Soria, España)*. Soria: Junta de Castilla y León. Arqueología en Castilla y León, Memorias 14.
- ROJO GUERRA, M.A., KUNST, M. y PALOMINO LÁZARO, Á.L. (2002): “El fuego como procedimiento de clausura en tres tumbas monumentales de la Submeseta Norte”. En M.A. Rojo Guerra y M. Kunst (eds.), *Sobre el significado del fuego en los rituales funerarios del Neolítico*. Valladolid: Universidad de Valladolid. *Studia Archaeologica* 91, pp. 21-38.
- ROVIRA I PORT, J. (1994): “Ámbar y pasta vítrea. Elementos de prestigio entre el Neolítico avanzado y el Bronce Final del nordeste de la Península Ibérica. Un primer estado de la cuestión”. *Quaderns de Prehistòria i Arqueologia de Castelló*, 16, pp. 67-91.
- SANTONJA GÓMEZ, M. (1987): “Anotaciones en torno al Megalitismo del occidente de la Meseta (Salamanca y Zamora)”. En *El megalitismo en la Península Ibérica*. Madrid: Ministerio de Cultura, pp. 199-210.
- SCHUHMACHER, T.X., CARDOSO, J.L. y BANERJEE, A. (2009): “Sourcing African Ivory in Chalcolithic Portugal”. *Antiquity*, 83, 322, pp. 983-997.
- SIEMCALSA (1997): *Mapa geológico y minero de Castilla y León. Escala 1:400.000*. Valladolid: Junta de Castilla y León.
- SHERRATT, A. (1990): “The genesis of megaliths: monumentality, ethnicity and social complexity in Neolithic North-West Europe”. *World Archaeology*, 22, 2, pp. 147-167.
- SOHN, M. (2002): “Place et rôle du mobilier dans les sépultures collectives du Bassin Parisien à la fin du Néolithique”. *Bulletin de la Société Préhistorique Française*, 99, 3, pp. 501-520.
- (2006): “Le mobilier de la sépulture collective de La Chaussée-Tirancourt (Somme) dans l'espace et dans le temps : de la fin du IVe à la fin du IIIe millénaire av. J.-C.”. *Bulletin de la Société Préhistorique Française*, 103, 1, pp. 117-131.

- TILLEY, C. (1984): "Ideology and the Legitimation of Power in the Middle Neolithic of Southern Sweden". En D. Miller y C. Tilley (eds.), *Ideology, Power and Prehistory*. Cambridge: Cambridge University Press, pp. 111-146
- VEBLEN, T. (2002): *Teoría de la clase ociosa*. México: Fondo de Cultura Económica.
- ZAPATERO MAGDALENO, P. (1990): "El túmulo colectivo neolítico de "La Velilla", Osorno (Palencia)". En *Actas del II Congreso de Historia de Palencia: 27, 28 y 29 de abril de 1989. Tomo I: Prehistoria, Arqueología e Historia Antigua*. Palencia: Diputación Provincial, pp. 51-70.
- (1991): "Sobre las relaciones entre Neolítico Interior y Megalitismo. Notas sobre el túmulo de La Velilla, en Osorno (Palencia)". *Boletín del Seminario de Estudios de Arte y Arqueología*, LVII, pp. 53-61.